

Mordets Melodi Bodil Ipsen, 1944

Desde que Fritz Lang puso a silbar al asesino de niños, interpretado por Peter Lorre, de la mítica *M* (1931) un fragmento de *I Dovregubbens hall*, de Edvard Grieg, se descubrió que introducir un elemento lúdico en situaciones mórbidas, como las de la película de Lang, no aminora de ninguna forma la tensión, sino que la acentúa con un aire tétrico. Un tufo de ese aire mueve las situaciones que acontecen en *Mordets Melodi*, la cuarta película de la cineasta y actriz danesa Bodil Ipsen, quien en diez años dirigió una decena de películas. Aunque Ipsen era ampliamente conocida en Dinamarca como actriz de comedias románticas, las películas que dirigió eran *thrillers* y dramas de contenido polémico y ciertamente controversial para el momento de su realización; su preciso sentido de composición y solvente economía narrativa permiten que podamos compararla con otras cineastas y actrices, como la estadounidense Ida Lupino, la sueca Mai Zetterling o la española Ana Mariscal.

En *Mordets Melodi*, uno de sus *thrillers* más exitosos e influyentes, particularmente por su sobria visión de la Dinamarca nocturna, el género es tan fluido y escurridizo como la luz. Cuando hablamos de esa ambigüedad, nos enfrentamos, primero, a una cuestión de género cinematográfico: *Mordets Melodi* lo mismo oscila entre el drama psicológico con aires místicos del *Whirlpool* (1944) de Otto Preminger, la sobriedad y ligereza de los espectáculos musicales dirigidos por Dorothy Arzner, y el melodrama romántico clásico y la densidad de los *films noir* daneses del mismo período (de George Schneévoigt, Lau Lauritzen Jr. o la misma Ipsen), reflejos involuntarios de la asfixiante presencia de los nazis en la industria filmica de Dinamarca durante la Segunda Guerra Mundial. Bajo tal yugo, los cineastas y las películas debían encontrar formas de sortear esa ominosa sombra y hallar la subversión en elementos tan aparentemente simples como la engañosa apariencia de una actriz.

El segundo aspecto donde *Mordets Melodi* juega con la incertidumbre del género es en la androginia de su protagonista, Sonja, interpretada por la actriz y cantante suecodanesa Gull-Maj Norin, una cantante de cabaret, recién llegada

a Dinamarca desde París, que se convierte en la principal sospechosa de una serie de asesinatos en la que todas las víctimas se llaman también Sonja. En ocasiones parece que hasta la misma película tiene serias dudas sobre la inocencia de su protagonista, pues deja a la audiencia sin otro personaje del cual sospechar.

Se habla de crímenes pasionales. ¿Es por un oscuro e irreprimible deseo hacia el mismo género? ¿Es el producto de una mente confundida y herida? ¿Un soterrado desprecio a la propia identidad? Después de todo, Sonja cambia su nombre por el de Odette Margot y resulta que la canción que canta cada noche en un modesto cabaret danés es la misma melodía que «el cantante asesino» entona antes y durante el inevitablemente hitchcockiano estrangulamiento de sus víctimas. Sonja parece estar a punto de quebrarse y confesar en cada escena. En pocas ocasiones la película le permite sonreír: únicamente cuando es pretendida por un entusiasta operador de reflectores, quien se enamora perdidamente de ella. Pero incluso en la resolución de la película no hay beso, solamente un tibio abrazo, con lo que se mantiene suspendida cierta ambigüedad, un aire de misterio que se cierne flotante sobre la película, como la melodía que el asesino canta antes de cada crimen, una melodía que inevitablemente se olvida después de oírla.

Jorge Negrete
26 de septiembre de 2023
Ciudad de México

EL CINE PROBABLEMENTE
HOJA DE SALA